

LOS PRIMEROS INTENTOS DE ACERCAMIENTO DE LA IGLESIA A LA PRENSA

Por JUAN CANTAVELLA

Desconcierto, desconfianza, apartamiento, incapacidad, timidez, desunión interna, ataques virulentos, utilización sectaria y hasta rechazo y condena son términos que se hallan en la base de las iniciales relaciones que la Iglesia mantuvo con los medios de comunicación. A pesar de ser testigo del beneficio que otras ideologías estaban obteniendo con su utilización de la prensa, la Iglesia española (en consonancia con ciertas directrices pontificias) se colocó a veces en una posición distanciada, cuando no beligerante, respecto a ese fenómeno nuevo que estaba calando hondo y se hallaba cada vez más asentado en nuestra sociedad. Tampoco supo sacarle todo el provecho que aquellos medios hubieran podido ofrecerle. Mucho nos tememos que en la mentalidad oficial no se han evaporado enteramente aquellos sentimientos y conductas tan primarios como equivocados.

Basta comprobar cómo se han dejado perder los periódicos de la Editorial Católica, hasta quedar deshecha la espléndida siembra de don Ángel Herrera en este campo; cómo persiste la indefinición y los titubeos respecto a una cadena radiofónica como la COPE y de qué manera no se han encontrado espacios e influencia en las televisiones que penetran masivamente en los hogares españoles. Frente a realizaciones fructíferas y actitudes abiertas u hondamente concienzadas que se aprecian por parte de algunos, vemos que persiste la falta de entendimiento y desidia en ciertos casos. Es indispensable profundizar más: habría que realizar un examen de conciencia para propiciar un auténtico cambio de los esquemas mentales, al tiempo que se emprendieran acciones de envergadura para rellenar tantos huecos como se perciben en lo que debería ser una presencia decidida y efectiva en el seno de la sociedad española.

Pero no es del momento presente de lo que deseamos hablar, sino de hace un siglo, aunque no se pueda negar que el conocimiento del pasado siempre ayuda a entender lo que ha sucedido

después, que la cerrazón de entonces explica las reticencias actuales, que las censuras que durante algún tiempo se prodigaron se encuentran en la base de una cierta apatía posterior. Pero si aquellas posiciones explican lo que sucede en la actualidad, no tienen por qué condicionarnos en nuestros comportamientos de ahora y sería inadmisibles que intentáramos justificar de esa manera las rémoras, displicencia o poca efectividad. Por otra parte, es necesario subrayar que también en los tiempos en que predominaba la incompreensión se alzaron voces y se observaron conductas que manifestaban disconformidad con el clima imperante y señalaban caminos nuevos y prometedores, aunque no siempre fueran bien entendidos y atendidos aquellos adelantados.

Ciertas referencias a la prensa en los documentos pontificios de hace un siglo son poco afortunadas y, en consecuencia, muchos obispos y apologetas o publicistas españoles mantuvieron una posición negativa ante un fenómeno que se estaba imponiendo en la sociedad española, como ya lo vivía el resto de Occidente. Los periódicos, venían a decir algunos, son obra del demonio y más vale mantenerse al margen de estas incitaciones perniciosas ¹. Lo curioso es que para la divulgación de tales ideas se valían igualmente de aquellos instrumentos tan demonizados, porque pronto caen en la cuenta de que limitarse a los púlpitos es cerrar su voz en una jaula cada vez más estrecha ², que es necesario gritar su verdad por las calles (pero lo hicieron exclusivamente en la prensa

¹ Son muchas las citas que pueden espigarse entre los escritos de los católicos preocupados por estas cuestiones. Véase alguna perla como esta, tomada del canónigo menorquín Gabriel Vila Anglada (1919): «Hoy más que nunca debemos confesar con dolor y sin recelo de que se nos desmienta, que de ordinario el periodismo, en vez de ser un sacerdocio de verdad y de justicia, es un instrumento de innobles pasiones, cuyo oficio es esparcir y propagar todas las mentiras, todos los errores, todas las impiedades» (*Cantavella*, 1999, p. 324). Una junta tarraconense, presidida por otro canónigo, presentaba la situación con tintes igualmente sombríos (hacia 1903): «Obsérvese cómo el afán de noticierismo es explotado por el espíritu del mal, que halla manera de ingerir en los lectores, so capa de información, el virus corrosivo que arrebatada de las almas la fe y la esperanza; que sustituye la caridad por el odio; que envenena la vida del menesteroso con el suplicio de la envidia, y que hiere la inocencia del adolescente, y degrada su dignidad, y compromete su salud con los miasmas inmundos de la pornografía; que hace familiar y simpático el crimen, escarnece la virtud y conturba el orden social con incesantes excitaciones al motín y al escándalo» (cfr. *Buena Prensa*, t. I, p. 104).

² Así lo reconocía el obispo de Barcelona: «El Señor ha querido que se ejerza una especie de apostolado por la propaganda de buenos libros, ya que el de la predicación se mira con tanta indiferencia por los que, en el hecho de saber leer, creen que no necesita oír sermones» (*Boletín Oficial del Apostolado de la Prensa*, n.º 1, enero de 1872).

confesional, que desgraciadamente pecaba de retrógrada, maniquea y tosca)³.

La condena a la libertad de prensa es frecuente en el magisterio de los Papas, porque la consideran responsable de la proliferación de impresos deletéreos para la salud espiritual de los fieles. «Nos horrorizamos, venerables hermanos —decía Gregorio XVI, tomando como punto de partida, para rechazarlas, doctrinas divulgadas por el sacerdote y publicista francés Lammenais—, al considerar qué monstruos de doctrina, o, mejor dicho, qué sinnúmero de errores nos rodea, diseminándose por todas partes en innumerables libros, folletos y artículos que, si son insignificantes por su extensión, no lo son ciertamente por la malicia que encierran; y de todos ellos sale la maldición que vemos con honda pena esparcirse sobre la tierra»⁴. Para León XIII, con la «desenfrenada libertad de editar cuanto se quiera», los partidarios de novedades «han comprendido a fondo qué útil y provechosa es para sus fines la edición de periódicos diarios, que van envenenando lenta y paulatinamente con sus errores el alma del lector y corrompiendo su corazón con la excitación de apetitos dañosos e incitaciones sensuales»: les ha ido tan bien que «no se apartará mucho de la verdad el que piense que esta avalancha de males y

³ Según Pedro Gómez Aparicio, los diarios católicos de entonces estaban sometidos a la inercia, pues eran «pobres de información, ricos en artículos doctrinales y, como consecuencia, de circulación escasa y de eficacia dudosa» (t. III, p. 157). Para el profesor Bartolomé, «la Iglesia debería haber comprendido que era necesario comunicar su “depositum fidei” a hombres y mujeres de nuestro tiempo con los nuevos medios y el nuevo lenguaje, que funcionan fuera de los templos más allá de la seguridad que dan sus colegios y el púlpito». A su juicio, la Iglesia «se pliega de mala gana a utilizar la prensa escrita y opta por crear un gran número de publicaciones, si bien resultan rudimentarias, inestables y machaconas en la intransigencia» (p. 764). A juicio de Hibbs-Lissorgues, «la moderna libertad de prensa inspiraba una desconfianza visceral a la Iglesia, cuyos anatemas y advertencias llenaron folletos, opúsculos y publicaciones hasta bien entrado el siglo XX. Esta actitud puede parecer una inconsecuencia ya que los católicos, y más precisamente los que se mostraban más críticos e intransigentes con la sociedad liberal, usaron y abusaron de una libertad tan condenada» (p. 17). Fue una pena que el dinamismo con que se lanzaban nuevos medios católicos no se viera acompañado siempre de una mayor apertura de espíritu, porque no faltaron actuaciones de importancia. De esta época es la primera salida del diario *El Correo de Andalucía*, de Sevilla (1899, con el impulso del Arzobispo Marcelo Spínola); *La Verdad*, de Murcia (1903, obra del que sería Obispo de Oviedo, Juan B. Luis y Pérez); *La Gaceta del Norte*, de Bilbao (1901, diario independiente de los partidos, modelo después para *El Debate* de Herrera Oria); *El Universo*, de Madrid (1900, una especie de órgano oficial de la Iglesia, que dirigieron Ortí Lara y, más tarde, Rufino Blanco), y tantos otros.

⁴ Encíclica *Mirari Vos*, 15 de agosto de 1832 (cfr. IRIBARREN, p. 3).

esta miserable condición a que hemos venido a parar ha de cargarse en su mayor parte en la cuenta de los periódicos»⁵.

Al mismo tiempo, no dudaba en asegurar a los periodistas que «los tiempos necesitan del auxilio de tan valerosos defensores», porque tiene claro que «la costumbre, universalmente establecida ya, de estos periódicos se ha convertido en una necesidad» (*ibidem*). El peligro viene de fuera, pero los enfrentamientos internos entre defensores de distintas y contrapuestas posiciones no ayudan a que se consigan los mejores resultados en el combate contra el mal.

Desde bien temprano se aprecia también una invitación constante a que los católicos no dejen en manos de los herejes, librepensadores, indiferentes o enemigos de la Iglesia los nuevos medios, sino que emprendan acciones para contrarrestar esta propaganda y acercar a todos el mensaje evangélico y la doctrina de la Iglesia. León XIII dejó dicho que era necesario «poner cuidado en anular la fuerza de mal tan grande y cada día más invasor: habría que persuadir a la multitud, con severidad y grave tono, a que vigile intensamente y elija con prudente cuidado sus lecturas. Por eso mismo hay que oponer escritos, para que el mismo arte capaz de tanto daño se cambie en beneficio y salud de los hombres, y salga el remedio de donde otros buscan el veneno»⁶. Lo malo es cómo ha sido entendida en ocasiones esta invitación, pues al lado de actitudes de notable madurez, se atisban otras verdaderamente lamentables⁷.

⁵ Allocución *Ingenti sane laetitia*, 22 de febrero de 1879 (cfr. IRIBARREN, p. 12). Pero también urge la fundación de periódicos católicos por medio de otros documentos, como la encíclica *Dall'alto*, de 15 de octubre de 1890.

⁶ Encíclica *Etsi Nos*, 15 de febrero de 1882 (cfr. IRIBARREN, p. 13).

⁷ Incluso por parte de una misma persona se daban en ocasiones incongruencias difíciles de comprender. Es el caso de un católico a toda prueba, el balear José María Quadrado, capaz de dedicar varias horas de su jornada a escribir para las publicaciones confesionales y, al tiempo, lanzar peroratas inflamadas *A la Juventud Católica* (1884), poniéndolas en guardia contra la prensa: «Sea el periódico vuestro solaz enhorabuena, rara vez vuestro modelo, vuestro oráculo jamás; y aun como recreo guardad que no os absorba, distrayéndoo de los estudios serios. Mientras únicamente se le piden noticias, documentos, datos, no hay otro riesgo sino el de recibir inexactitudes de más o menos calibre; pero al fin ocupa aquel su lugar, aunque mejor lo ocuparían por lo tocante a lo religioso los boletines eclesiales en cada diócesis, derivando de su carácter oficial garantía de circunspección y seriedad» (*Cantavella*, 1999). En realidad, Quadrado está respirando por sus heridas, que son, una de carácter general, la impiedad y grosería con que tratan a la Iglesia en algunos medios, y otra, de orden interno, las experiencias de arrinconamiento que ha sufrido por su carácter dialogante e integrador, porque dentro de la misma Iglesia las posiciones entre los distintos grupos se expresan incluso con acrimonia.

Lo que llama la atención de entrada es que el número de publicaciones no es pequeño, pero que la calidad se nota claramente deficiente: la dispersión no ayuda; los enfrentamientos son frecuentes, y la capacidad de actuación de los creyentes deja mucho que desear. Con este planteamiento, por más que la voluntad sea firme y muy plausibles los proyectos de los que quieren hacerle frente a este estado de cosas, los resultados no podían ir más allá de lo que realmente fueron. Hacia 1890 había en España (según datos aportados por *La Controversia*, citados por Botrel, p. 162) un total de 38 diarios católicos y 64 semanarios, a los que deberíamos sumar publicaciones con otra periodicidad y los boletines de las diócesis. Pero si el número tiene cierta relevancia, no se halla al mismo nivel la índole de sus trabajos, la categoría de los redactores o colaboradores, la presentación de los ejemplares y la difusión que se alcanza: todo ello se alía para echar hacia atrás a muchos de los potenciales compradores ⁸.

Por otra parte, los publicistas católicos tampoco parecen actuar con la inteligencia, decisión y contundencia profesional que cabría esperar de personas convencidas de la bondad de la causa que defienden. Se percibe un apocamiento, un temor a entrar en liza frente a enemigos o indiferentes, que consideran más preparados, un temor también a salirse de las lindes rígidas y vigiladas que les marca la jerarquía ⁹. Con todos estos inconvenientes no es posible llegar muy lejos. Basilio Álvarez (1912), un sacerdote y periodista muy peculiar, señala varias de estas limitaciones en un capítulo que titula significativamente «Nuestro fracaso» (pp. 23-26). Allí habla de que «hemos dormido largo tiempo, y por ello los católicos perdimos la hegemonía de la producción»; «no somos amenos, porque hemos creído que la alegría era una cosa vitanda»; «no somos revolucionarios ni violentos, y debíamos serlo para te-

⁸ Menéndez Pelayo se lamenta de que ni siquiera es posible encontrar entre nosotros revistas de prestigio que den cobijo, por ejemplo, a las investigaciones bíblicas: «Acaso sería oportuna la fundación de una revista de estudios religiosos, pero ¿qué editor va a publicarla? Los católicos que en España tienen dinero lo gastan tontamente en sostener publicaciones frívolas, periódicos de propaganda sin ningún valor científico, y en organizar congresos y conferencias que, en definitiva, no sirven para nada» (carta al canónigo E. Román Torio. Cfr. CAMPOMAR, p. 295).

⁹ Desde su postura crítica, Botrel pone énfasis en denunciar cómo «esta sacrosanta ortodoxia, que continúa preocupando a la Iglesia en la década de 1910, se encuentra, pues, continuamente solicitada y reivindicada por los editores y libreros que se dicen fieles a un catolicismo del que son a menudo los mejores perros guardianes» (p. 168).

ner lectores, porque nos hicieron creer que el *statu quo* favorece nuestros planes»... Su conclusión es harto pesimista: «La lucha se presenta en guerrillas, y nosotros queremos presentarnos ordenados, uniformados, en orden cerrado, demasiado cerrado, para poner el pecho al combate. Pero cuando hacemos el recuento, nos encontramos con que ni tenemos soldados ni armas. Así somos nosotros los católicos en periodismo».

En líneas generales, y casi como resumen de lo dicho, los puntos más significativos de la actuación católica en la prensa de hace un siglo serían los siguientes: en primer lugar, la tosca presencia que proyectaban, con muchas publicaciones, pero de escasa talla, difusión escasa, gran dispersión y presentación poco profesional; la rigidez con que contemplaban a la gran prensa, cuya neutralidad no les resultaba soportable, incapaces de introducirse en ella para ofrecer desde allí una visión cristiana de la realidad; la profunda división interna que se percibe de inmediato, blandiendo contra las otras facciones una virulencia, no ya solo poco caritativa, sino contraproducente (parece que únicamente se pretende derrotar a los afines, más que formar un frente común ante la impiedad y más que cristianizar a la sociedad); los medios se mueven aparentemente en la sumisión a la jerarquía eclesiástica, pero en unos casos es excesivo el pietismo y en otros se sigue el camino de una defensa acérrima de planteamientos más políticos que religiosos, que cuando no son seguidos por los obispos no se tiene inconveniente en desacreditarlos; por último, los publicistas católicos tampoco parecen actuar con la decisión y contundencia profesional que cabría esperar de personas convencidas de la importancia de su labor: se percibe un apocamiento, un miedo a entrar en liza frente a enemigos o indiferentes (que consideran más preparados), también un temor a salirse de las lindes rígidas y vigiladas que les marca la jerarquía.

Sin posibilidad por nuestra parte de reseñar una por una las iniciativas que emprendieron los católicos españoles de aquellos años, vamos a prestar atención a ciertas personas e instituciones que nos pueden servir de pauta para este seguimiento. Siempre son de agradecer los esfuerzos que se realizaron para hacerse presentes en este terreno, sobre todo después del tiempo que ya se había perdido en desconfianzas y luchas intestinas y del repliegue

hacia hojas volanderas hondamente confesionales, pero mal presentadas y de una simplista beligerancia ¹⁰.

La jerarquía, con la colaboración de laicos destacados, puso en marcha en Barcelona (1871) el llamado Apostolado de la Prensa, que por medio de las publicaciones pretendía salir al paso de tanta increencia o, al menos, indiferencia a la religión. Eran varias las actividades que llevaban a cabo, y una de las más notables la que señalamos a continuación: mensualmente, y con el título de *Apostolado de la Prensa* ¹¹, publicaban un opúsculo de temas variados, pero siempre dedicado a remachar alguna de las pautas doctrinales que consideraban más necesaria en una sociedad que se hallaba presa de la incultura colectiva, el embrutecimiento personal, el dejarse llevar por todo aquello que les resultaba más cómodo y descomprometido. Mediante ejemplos, cuentecillos moralizantes, argumentos bien fundados, diálogo frecuente, palabras sencillas, imágenes impactantes, bromas y contrastes van articulando mensajes que golpean con una cierta contundencia doctrinal. Las entregas mensuales podían encuadernarse después y formar volúmenes manejables y de agradable lectura.

Tenemos en la mano el que apareció en 1893, señalado con el número XIII (de lo que se deduce un comienzo en 1880), y que en este caso indica que, al menos en el primero y tercer

¹⁰ Para Gómez Aparicio (que habla de los años setenta del XIX), «la orientación de nuestra prensa, en consonancia con la tensión reinante y con la coyuntura histórica que atravesaba España, fue mucho más polémica que objetivamente informativa» (t. II, p. 114). Y se daban frecuentes ataques entre las distintas facciones en las que los católicos españoles se arracimaban. No hay que olvidar la sonora llamada de atención que constituyó ante tales actitudes la encíclica de León XXIII *Cum Multa*, de 8 de diciembre de 1882, que imploraba el cumplimiento de estas instrucciones a los que defendían la incolumidad de la religión en la prensa diaria. Advierte que «la discusión en pro de los sagrados derechos de la Iglesia y en defensa de la doctrina católica no debe ser hecha con altercados, sino con moderación y templanza, de tal manera que el escritor obtenga la victoria en las discusiones más bien por el peso de las razones que por la violenta aspereza del estilo» (cfr. IRIBARREN, p. 17). Las discusiones tenían un origen político, pero es que, tanto por parte de integristas como de liberales, la religión y la política se imbricaban de forma inextricable. Cuando se convoca en Sevilla la Asamblea de la Buena Prensa, los organizadores se ven obligados a hacer constar que «no pretende establecer ninguna nueva agrupación política, ni tampoco *unificar* las distintas fracciones en que están divididos los católicos españoles, ni menos imponer ninguna de ellas como necesaria» (cfr. *Buena Prensa*, t. I, p. 143). Obsérvese que la palabra «unificar» aparece en cursiva, cómo se acepta la división como un hecho incontrovertido y cómo se confiesa la imposibilidad de superarla.

¹¹ Pedro Pascual da como órgano oficial del Apostolado de la Prensa el semanario *La Lectura Dominical* (creado en 1894 por el jesuita Francisco de Paula Garzón).

fascículo (enero y marzo) se trata de una segunda edición, lo que habla de una buena capacidad de sus editores para divulgarlo. Los temas de los que se ocupa los podemos dividir, a grandes rasgos, en dos tipos: los marcadamente doctrinales (*La madre de Dios es mi madre* o *Nuestra religión es divina*, por ejemplo) y los que inciden en los comportamientos personales y sociales (*A cumplir con la Iglesia* o *La Iglesia y la taberna*).

En la mayor parte de los casos se emplea un tono apologético y combativo, propio de quien se halla en posesión de la verdad y ofrece con seguridad y gracejo los argumentos que pueden resultar convincentes o ser utilizados por parte de los convencidos para derrotar a los opositores. El titulado *¿Y a mí qué?... O los indiferentes en religión*, con que se abre este volumen, trata de poner en evidencia a un individuo de carrera, un tanto fatuo, que se confiesa creyente, pero escasamente firme en sus convicciones: «Yo soy muy tolerante; yo respeto las ideas de cada cual; yo respeto todas las religiones...; pero... basta ser hombre de bien...». Quien así se expresa es acometido dialécticamente por un seminarista muy puesto, cuyos avances argumentativos van dejando en la cuneta las suficiencias y pedanterías que, cada vez con menor énfasis, le van siendo presentados. Con el apoyo del labriego sencillo, pero firme en su fe, y las ironías con que el autor salpica el «match», van saliendo enseñanzas y razones. Al final, el «sabio» se bate en retirada y se acaba la disputa, porque el médico, «hombre de buen entendimiento, quedó convencido de la verdad». Al espectador de la discusión se le explica «que es una necedad respetar todas las opiniones, creencias o religiones; y una vulgaridad contentarse con ser honrado sin procurar ser buen cristiano; y una estupidez el mirar con indiferencia la religión que nos enseña lo que somos, de dónde venimos, adónde vamos y para qué estamos en la tierra».

Entre los vicios que se fustigan en estas páginas los hay de frecuente recriminación en los templos, como son las malas compañías, la pereza, la codicia o venganza, incluso los bailes y teatros, pero llama la atención a la mentalidad actual las referencias negativas a la libertad, la democracia y el sufragio universal ¹². «La libertad moderna de que blasonan los pícaros o los tontos es li-

¹² Se pueden encontrar dichas alusiones en el fascículo *Cuentos alegres y verdades tristes* (publicado en agosto de ese año).

bertad para los malos y nada más», leemos. «El sufragio universal es una barbaridad estúpida», asegura, para después lanzar un alegato para que los católicos acudan en masa a votar a favor de los que han de ser «nuestros padres y redentores», «ya que en esa lucha electoral se decide la causa de la Religión, de la Patria y de nuestra salvación temporal y eterna». En ese contexto se habla de las malas lecturas, y esa es una cuestión que les preocupa sobremanera, a juzgar por las páginas que le dedican ¹³.

Aparte de otras referencias desperdigadas, el folleto de abril de aquel año ¹⁴ contempla como tema exclusivo y desde varios ángulos lo que es considerado como un problema grave en la sociedad de su tiempo. La conversación entre dos hombres buenos de un pequeño pueblo va desbrozando aspectos varios para dejar las cosas claras. Sigue el esquema básico de muchos otros diálogos: las dudas y posiciones complacientes son severamente replicadas por parte de quien tiene las ideas brillantes, que es justamente el que sustenta la posición ortodoxa. Frente a titubeos y escaso compromiso de su interlocutor, disipa lo que hay de endeble en sus razonamientos y lo deja convencido, sin capacidad de apelación ante sus sentencias.

Este buen cristiano se halla en guardia por cuanto «la monomanía de la lectura lo invade todo». Libros, folletos, periódicos, revistas, entregas, hojas sueltas, carteles, anuncios, esquelas, tarjetas, «en confuso y vocinglero tropel y semejantes a caudaloso río que fuera de madre todo lo inunda, encenaga y destruye, salen a todas horas de las imprentas, se esparcen por los cuatro vientos y sepultan a la humanidad en negra tinta bajo letras de molde» (pp. 5-6). Para el que imparte las lecciones, no hay enfermedades espirituales

¹³ No resulta tan chocante esta obsesión cuando se conoce la proliferación, acometividad y hasta provocación que caracteriza a un buen número de publicaciones anticlericales como aparecieron por aquellos años. Es el caso de *El Motín* (1881-1926), periódico fundado por el periodista José Nakens, individuo bondadoso y honrado a su manera, pero auténtico comecuras en sus escritos, que llegaba a extremos grotescos. Hay que añadir *Las Dominicales del Libre Pensamiento* (fundada en 1883 por Fernando Lozano y que duró hasta 1911), el diario republicano *El País* y algunos otros títulos. En los primeros momentos (a medida que pasaba el tiempo su influjo decayó considerablemente) los católicos se sintieron acosados por una agresividad que se tomaban demasiado en serio. Algo parecido ocurrió con los periódicos de carácter masónico, que proliferaron por entonces. Gómez Aparicio describe a dos de ellos como «furiosamente antirreligiosos, anticlericales, racionalistas, republicanos y, en no escasa medida, blasfemos» (t. II, p. 120). También se refiere a ellos el trabajo de Pedro Pascual.

¹⁴ El titulado *Las malas lecturas. Sermones al aire libre por un cura sin sotana*, 64 pp.

que puedan contraerse «si se leen papeles verdaderos y buenos; antes bien con los primeros se perfecciona el entendimiento, y con los segundos la voluntad; pero infinitas si se leen papeles malos», esas son la indiferencia religiosa, la impiedad, la superstición, el odio sectario a Cristo, al culto y a sus ministros, las depravadas costumbres, la incredulidad, el materialismo y todos los errores y aberraciones que ha vomitado el infierno por boca de sus corifeos.

Puede parecer una exageración, pero no lo es, según se expresa: «Las sandeces que contra curas y frailes vomitan, con cualquier pretexto o sin él muchos infelices, hijas son de las malas lecturas; los sacrilegios horrendos perpetrados por esos beatos de la impiedad que practican su extraño misticismo en los antros masónicos, a las malas lecturas se deben; los ataques sañudos a la autoridad, a la propiedad, a la familia y al culto, de las malas lecturas emanan; los petardos sacrílegos, las calumnias contra personas honradísimas y piadosas que en un día recorren ciudades enteras sin que nadie pueda precisar su origen, los crímenes misteriosos, las muertes prematuras ataviadas con la mortaja de todos los vicios, y la aspiración a la celebridad por caminos tan monstruosos como horribles, en las malas lecturas tienen casi siempre su fundamento y su principio» (pp. 14-15).

La lista de los daños que se pueden recibir es interminable, porque «las cuatro quintas partes de los libros puestos a la venta, si no son heréticos, al menos saben...» a la herejía, impiedad, irreligión, materialismo, sensualismo, racionalismo, incredulidad, protestantismo, espiritismo, ateísmo y... todos los errores y pecados capitales juntos (pp. 22-23). La actitud con la que se colocan frente al «veneno» de los malos periódicos también llama la atención. No es solo un ataque a los corruptos, impíos e inmorales, porque ni siquiera se libran los noticieros que se presentan como honestos e imparciales, con estos «pasa lo mismo que con las agencias telegráficas; la mayor parte son hostiles al Catolicismo y, por lo tanto, callan lo favorable para la Iglesia y se apresuran a trompetear lo adverso, por inverosímil e infundado que sea» (p. 52). Con esta seguridad en el valor de los lecturas no es de extrañar que adopten como meta de sus trabajos y apostolado el fomento de los buenos libros, de la buena prensa.

Precisamente el de la «Buena Prensa» fue un movimiento que tuvo su importancia entre la comunidad católica de principios de siglo y que, entre múltiples actividades, promovió tres congresos de carácter nacional que se celebraron en Sevilla (junio de 1904), Zaragoza (septiembre de 1908) y Toledo (junio de 1924). La crónica de las ponencias, comunicaciones presentadas y resoluciones finales del primero de ellos (el más cercano al título de este trabajo) nos permite formarnos una idea del sentir de muchos creyentes respecto a la necesidad de trabajar intensamente en este campo.

La Asociación de la Buena Prensa nació en Sevilla a principios del siglo XX y desde allí saltó a otras muchas ciudades, en las que se formaron comisiones compuestas por periodistas, sacerdotes y fieles preocupados por cuestiones relativas a la prensa (en 1903 contaba con unos siete mil asociados). La noticia de la Asamblea convocada en la capital andaluza conmocionó y excitó las ansias de muchos católicos de trabajar en esta tarea, sobre todo cuando conocieron las palabras de estímulo que les había dirigido el Cardenal Merry del Val en nombre del Papa Pío X y el empeño que estaba poniendo el Arzobispo de Sevilla, monseñor Marcelo Spínola¹⁵. Los organizadores llegan a incitar la participación de los potenciales asambleístas con un clarinazo, que ellos no dudan en presentar como llamamiento a una nueva cruzada (t. I, pp. 35, 37 y 67)¹⁶.

¹⁵ Resultan altamente significativas las palabras con que el prelado anima a los promotores y cómo dibuja la situación del momento como una lucha entre el bien y el mal con la prensa como principal instrumento: «¿Quién ha conducido a la pobre España al estado de decadencia, de confusión y de desoladoras inquietudes en que vive?», se pregunta. Algunos dirán que las logias, la audacia de los enemigos de la Iglesia o la apatía de los católicos, y eso le parece indudable, pero el ariete con que se han abierto paso los adversarios es la prensa, «la cual ha extraviado los entendimientos, corrompido los corazones, excitado todo género de concupiscencias y promovido la lucha de hoy y los pavores que nos infunde el pensamiento de nuestro mañana». Si se aspira a recobrar el terreno perdido, es menester servirse de las mismas armas, para poner en pie lo que la prensa mala derribó (cfr. *Buena Prensa*, t. I, p. 21). Su interés por estos temas ya venía de antes. Como hemos apuntado, él fue quien instigó la fundación de un periódico en Sevilla, y su empeño se centraba, según Gómez Aparicio, en dos móviles: «Aglutinar a los católicos en un común frente de acción, y estimular la multiplicación y el perfeccionamiento de la prensa católica» (t. II, p. 673).

¹⁶ La proclama tiene un aire guerrero que habla de combates, victoria, huestes y destrucción. La misión «noble y santa» que se han impuesto es lisa y llanamente «la guerra, la destrucción, el aniquilamiento de todo periódico, de todo libro, de todo impreso no católico, a los que hay que debilitar, que destruir, como portaestandartes del vicio y del error, restándoles lectores, quitándoles medios de información y cegándoles las fuentes de vida». Frente a ello se invita a proteger y difundir «todo periódico en que se predique la verdad de Cristo», reconociendo que la sociedad moderna no puede vivir

Hay mucha palabrería en los discursos que se pronuncian en aquella Asamblea, en consonancia con la oratoria inflamada que es propia de la época. Quizá el más ajustado al tema planteado fuera el de Severino Aznar, escritor y periodista (t. I, pp. 305-330). Comenzó afirmando que «los católicos no creen tener deberes para con su prensa; no la crean, no la compran, no la subvencionan, no la propagan, no facilitan su labor». Y se pregunta: «¿Creéis vosotros que si los católicos sintieran los deberes que tienen para con la prensa tendrían en Madrid, que es donde más se necesitan, los periódicos que tienen? ¿Pensáis que es discreto exigir y esperar de los periodistas católicos, cómicamente remunerados, y que por eso apenas pueden dedicar a su apostolado un escape de su vida, que con esas viejas y mohosas carabinas luchan ventajosamente contra los cañones de tiro rápido de los grandes periódicos?». La lucha contra la mala prensa tiene que apoyarse en tres elementos: dinero, periodistas y celo. Sus últimas palabras son una invitación a la acción y a superar complejos de inferioridad: «No temáis a los grandes periódicos, vuestros adversarios. No son grandes sino porque vosotros yacéis indolentes o dormidos. Despertad, marchad».

Las conclusiones —dentro del clima eufórico y voluntarioso que caracterizó el encuentro— hacían referencia a la unión de la prensa católica; se propone la creación de una agencia de información telegráfica, postal y gráfica al servicio de la prensa confesional; se estimula el establecimiento de una Asociación Nacional de la Buena Prensa para «la difusión de las buenas lecturas y la extirpación de las malas y disolventes»; se incita a la edición de folletos sencillos y económicos «para contrarrestar los estragos que en la clase proletaria está haciendo la propaganda socialista y anar-

sin prensa ni periódicos (cfr. *Buena Prensa*, p. 36). Este lenguaje, que reproduce la terminología militar, está muy presente en ponencias, comunicaciones y crónicas de la Asamblea, pero no es privativa de esta, porque suele ser muy usado siempre que, en este tiempo, los católicos hablan de la necesidad de introducirse y laborar en el terreno de la prensa. La agresividad venía de lejos: la *Revista Popular* no duda en invitar al propagandista a «lanzarse sobre el adversario con una resuelta ofensiva cuando el caso sobre que se traba cuestión es tan grave, su conocimiento de él tan claro, y la disposición de las circunstancias tan favorable a la verdad, que con toda probabilidad puede esperarse completa victoria» (21 de junio de 1883, p. 385). Esta acometividad es señalada también por Hibbs-Lissorgues a propósito de Sardá y Salvany, quien «recurre a imágenes relacionadas con la estrategia de guerra para caracterizar una organización que debe competir con la prensa revolucionaria: “nuestra táctica debe ser la de un gran ejército disperso en guerrillas”» (p. 376).

quista»¹⁷. Los puntos referentes a los periódicos malos son tratados de forma amplia y no podía ser de otra manera cuando se concluye que «los males de España y el decaimiento de la fe provienen en gran parte de leer los católicos la prensa liberal» (t. II, pp.455-472). Lo más triste es que, al margen de sonoras declaraciones y expresión de metas deseables, pero de las que se reconoce la imposibilidad de ser llevadas a la práctica, no surge una realidad nueva ni sensiblemente mejor respecto a lo que había. Las aspiraciones de la «Buena Prensa» no se materializan de momento en una prensa buena, capaz de competir con éxito en el mercado de las publicaciones de amplia aceptación popular.

El éxito del encuentro llevó a una exaltación del trabajo de esta asociación que se dirigía en una doble dirección: actuar para que disminuyeran el influjo y la difusión de la prensa impía y clerófoba y multiplicar las acciones para que se produjera el efecto contrario en las publicaciones afines a la Iglesia católica. Durante algunos años, en la primera década de ese siglo, la actividad de la Asociación fue de un dinamismo enorme y, en línea con la mentalidad religiosa de la época en relación con la prensa¹⁸ se trató de llevar lo más lejos posible a los periódicos marcadamente confesionales. También se crearon publicaciones para inyectar fervor a sus seguidores, como fue el mensual *La Buena Prensa y el Buen Libro* (1907) y *El legionario de la Buena Prensa* (1911).

Pero esa tarea no resultaba fácil, cuando se contaba con unos medios escasamente atractivos y unos enemigos¹⁹ que eran se-

¹⁷ Es curioso cómo se detallan los criterios por los que se regirán las publicaciones católicas en cuanto a ciertos temas, por ejemplo, los suicidios. Así, «los suicidios pueden publicarse; pero hágase con sobriedad, y redactando la noticia de manera que aparezca de relieve lo criminal de la acción»; «los crímenes deshonestos deben por completo suprimirse de los periódicos católicos»; «de los crímenes pasionales pueden hacerse completas informaciones. Pero en su redacción deben tenerse presentes las siguientes advertencias: a) Nunca se dará señal de aprobación, sino siempre se dejará entrever que se reprueba el acto. b) No se hará del criminal un héroe. c) Podrá, no obstante, mostrarse conmiseración con el autor del crimen, sobre todo si se muestra arrepentido. d) Se describirá el crimen de manera que aparezca aborrecible a los lectores. e) No se presentará al reo como víctima de la justicia».

¹⁸ En relación con la prensa y la política —campos de indudable interacción—, las posiciones estaban claras para los organizadores de la Asamblea: «Cabían (...) en la más cordial unión, carlistas, integristas y aun dinásticos, con tal que todos convinieran en la confesión explícita y conducta francamente antiliberal» (t. I, p. 61).

¹⁹ Según aquella primera asamblea sevillana, lo eran unos periódicos que hoy no consideraríamos extremistas, como *Heraldo de Madrid*, *El Imparcial*, *Diario Universal* o *El Liberal*.

guidos casi masivamente por la población, porque podían ofrecer productos bien realizados. Añádase la falta de unidad interna y unos criterios sumamente restrictivos en sus contenidos ²⁰.

Una persona que destacó en este mismo tiempo por la pasión con que quiso dignificar los medios de comunicación social fue el Obispo Antolín López Peláez. Libro tras libro intentó transmitir a la sociedad española el valor de esta función pública, tal vez por la conciencia de la desgana y el rechazo con que los católicos españoles la estaban contemplando. Conocía el talante muy diferente que se respiraba en otros países europeos y las iniciativas que en ellos surgían, bien lejos de lo que estaba ocurriendo en nuestro entorno, y quiso poner los medios para dinamizar la conducta de sus correligionarios.

Cada uno de sus libros es un llamamiento ardiente a llenar los huecos de la desidia en este campo: «Parte de dolor el alma y escalda con lágrimas de vergüenza las mejillas el observar lo poco que somos, lo poco que valemos en la prensa periódica, por lo poquísimo que en ella trabajamos muchos» (1908, p. 3). La primera invitación es a los sacerdotes, a los que hace ver que acercarse a la prensa es parte de sus obligaciones, en cuanto que están urgidos a llevar a cabo una evangelización que se acerque al mayor número de individuos: «A donde no llega nuestra vista, puede llegar nuestra voz, reforzada por las vibraciones de la prensa» (p. 14). Con el mismo ímpetu invita a los religiosos, párrocos, seminaristas, mujeres... ²¹.

²⁰ Un artículo de *El Debate* («Periodista católico, hombre de acción», 9 de febrero de 1933) recordará aquellos años con estas palabras: «Ah! Las gentes de ahora, los que no saben cómo se discutía en las primeras Asambleas de la Buena Prensa si se debían dar o no noticias de los suicidios, o de ciertos crímenes, o de actuaciones políticas de los adversarios». Por aquel entonces, «parecían atrevimientos ilícitos informaciones que una sana moral no reprobaba».

²¹ «¡Si la mujer cristiana quisiese! ¡Si tomara con empeño y con entusiasmo el fomentar la prensa católica!» (p. 104). En la Asamblea de Sevilla hubo un discurso a cargo de Norberto Torcal, subdirector de *El Noticiero*, de Zaragoza, sobre el papel de la mujer en este campo. Allí les decía que «de dos modos puede y debe la mujer católica cooperar a esta magna obra que nos ocupa: rezando y laborando». Después de destacar la importancia de la oración, se preguntaba el orador: «¿Qué sirve, señoras católicas, que paséis largas horas en místico recogimiento y oración al pie de los altares, si al mismo tiempo nada hacéis para contener los estragos de esa prensa que, como piqueta demoledora, va socavando los cimientos del templo, entre cuyas ruinas corréis gran peligro de quedar vosotras mismas sepultadas?» (cfr. *Buena Prensa*, t. I, pp. 266-7).

No se encontraba solo en esta lucha el que fuera obispo de Jaca y arzobispo de Tarragona ²², sino que se percibe por parte de algunos creyentes el deseo de hacerse oír en unas ideas que ofrece para la reflexión; de trabajar por instaurar una prensa católica que ejerza influencia y autoridad a través de un producto que atraiga a los lectores por sí mismo, no porque le digan que tiene la obligación de comprarlo. Vemos cómo se exponen estos pensamientos en libros que se publicaron durante estos años.

Es el caso de Maximiliano Arboleya, deán de la catedral de Oviedo y adalid del catolicismo social, quien afirma: «En nuestros días y entre el pueblo, es decir, entre los seculares, un periódico católico se abrirá camino, no a fuerza de ser católico, sino a fuerza de ser buen periódico y de hacerse interesante» (cfr. Minguijón, p. 62). Es una idea que siempre hizo muy presente Herrera Oria a sus colaboradores, cuando les hablaba sobre la prensa católica: «Cuidado con aplicar los grandes adjetivos a sustantivos que no responden bien a su propio concepto, porque entonces es el adjetivo el que quedará desacreditado. Y cuando ese adjetivo es nada menos que “católico” el sustantivo al que se aplique debe tener entera y verdadera sustantividad».

La visión moderna y madura del problema no se alcanza hasta que Ángel Herrera Oria se decide a trabajar esforzadamente y con un aire profesional en un terreno que, hasta entonces, no pasaba de iniciativas voluntariosas, pero de limitada eficacia. Su decidida actuación para dar un colosal empuje al pequeño diario que era en aquellos momentos *El Debate* ²³ y transformarlo en un medio

²² También tenía sus detractores, como se pone de manifiesto en el libro de Basilio Álvarez (pp. 187-192), quien lo califica de «versátil y tornadizo», ya que «vive en perpetua infancia, pero, además, tiene la desgracia de dar solemnidad a sus puerilidades» (aunque el autor se limita a ofrecer insinuaciones, más que explicaciones detalladas). Curiosamente, en esta misma obra hay palabras duras contra el promotor de la Asociación de la Buena Prensa, padre José Dueso, misionero del Corazón de María (pp. 163-170): «Yo no sé qué hado maldito pesa sobre esta Asociación; pero la verdad es que no suelta un céntimo así la aspen, aunque sepa depende de su socorro la vida de un periódico católico». También Torrubiano se manifiesta con suma severidad contra el padre Dueso en el capítulo «El dinero de la Buena Prensa» (pp. 115-119), donde afirma que «eso de la Buena Prensa es una completa merienda de negros; es la prueba más aplastante de la más completa desorganización y dispersión en el campo católico».

²³ Curiosamente este ya nació como periódico católico y así se mantuvo con la dirección de Basilio Álvarez, un sacerdote y periodista que mantuvo a lo largo de su vida una trayectoria irregular. El aire renovado y renovador, que se elevaba sobre las miserias de aquellos tiempos, se lo dio don Ángel sin ningún género de duda.

de difusión masiva, inspirado en la doctrina de la Iglesia, pero realizado no por aficionados, sino por periodistas competentes, que sabían lo que se traían entre manos, da un giro muy importante a todo lo que se había pensado y realizado hasta aquel momento. Unas palabras de García Escudero dan en el clavo de lo que supuso este diario: «*El Debate* recogió un catolicismo exclusivamente piadoso y poco seguro de sí mismo, le inyectó modernidad y sentido social, le empujó hacia una sociedad de la que hasta entonces había huido, y es por lo menos indiscutible que la historia religiosa de nuestra Patria no se podría escribir sin mencionarlo; no es exagerado decir que nos dio un nuevo modo de vivir el catolicismo» (cfr. Gómez Aparicio, t. III, p. 359).

Pero eso ya es entrar en un capítulo que tiene poco que ver con lo que hemos dicho hasta ahora. Además, la figura y la obra de don Angel han sido bien estudiadas en nuestros días (sobre todo y de forma excelente por José María García Escudero), y de ellas la Asociación Católica de Propagandistas y la Universidad San Pablo-CEU pueden ofrecer hondos testimonios.

Es indispensable que aprendamos las lecciones que nos dicta un pasado que tenemos reciente, porque un siglo es un espacio bien corto en el devenir de la humanidad (pasado ante el que nos hemos colocado en una posición crítica, pero que debemos asumirlo, porque es el de nuestros antecesores en el periodismo y en la fe). Bien distinta hubiera podido presentarse la comunidad creyente de nuestra nación si se hubiera enfocado el problema de manera audaz, adulta, profesional y sin situarse la defensiva. ¿No habrá llegado la hora de trabajar, en el universo de los medios, de una manera más decidida, segura, honrada, abierta, con hondos conocimientos y sólida formación, sin ocultar la fe que profesamos y transmitiendo la visión y los valores cristianos que consideramos sustanciales? Que nadie nos pueda echar en cara en el futuro nuestra timidez y apocamiento, el desconcierto, desconfianza, apartamiento o desunión interna, nuestra falta de cualidades, de preparación o decisión. Y que nadie nos repita como un reproche que «los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz» (Lc. 16, 8).

Bibliografía

BASILIO ÁLVAREZ (1912), *El libro del periodista*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo.

- APOSTOLADO DE LA PRENSA, EL (1893), *¿Y a mí qué?... O los indiferentes en religión. La farsa protestante. A cumplir con la Iglesia. Las malas lecturas...*, Madrid, Imprenta Católica de A. Ruiz de Castroviejo e Imprenta de San Francisco de Sales.
- GREGORIO BARTOLOMÉ (1996), «La enseñanza no formal y recursos pedagógicos», en la obra colectiva *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España*, dirigida por Bernabé Bartolomé (2 vols.), Madrid, B.A.C., t. II, pp. 737-784.
- JEAN-FRANÇOIS BOTREL (1982), «La iglesia católica y los medios de comunicación impresos en España de 1847 a 1917: doctrina y práctica», en Bernard BARRÈRE y otros, *Metodología de la historia de la prensa española*, Madrid, Siglo XXI de España Editores.
- BUENA PRENSA, *crónica de la Asamblea Nacional de la* (1905), Sevilla, Imprenta de *El Correo de Andalucía*, 2 vols.
- MARTA M. CAMPOMAR FORNIELES (1984), *La cuestión religiosa en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo.
- JUAN CANTAVELLA (1972-73), *Línea editorial del diario «Ya» en materia religiosa (1939-1953)*. Tesina fin de carrera en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid. Inédita.
- (1999), «El periodista Quadrado», en la obra colectiva *Joan Ramis i Josep M. Quadrado: de la Il·lustració al romanticisme*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO (1983), *El pensamiento de «El Debate»*, Madrid, B.A.C.
- (1998), *De periodista a cardenal. Vida de Ángel Herrera*, Madrid, B.A.C.
- PEDRO GÓMEZ APARICIO (1971), *Historia del periodismo español*. T. II. *De la revolución de septiembre al desastre colonial*, Madrid, Editora Nacional.
- (1974), *Historia...* T. III. *De las guerras coloniales a la Dictadura*, Madrid, Editora Nacional.
- SOLANGE HIBBS-LISSORGUES (1995), *Iglesia, prensa y sociedad en España (1868-1904)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert y Diputación.
- JESÚS IRIBARREN (1968), *El derecho a la verdad. Doctrina de la Iglesia sobre prensa, radio y televisión (1831-1968)*, Madrid, B.A.C.
- ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ (1908), *La cruzada de la Buena Prensa*, Barcelona, Gustavo Gili Editor.
- (1908), *La acción del sacerdote en la prensa*, Barcelona, G. Gili.
- (1911), *Quien sepa escribir, escriba*, Madrid, Imprenta de los Hijos de Fuentenebro.
- (1914), *Los trabajadores en el periodismo católico*, Astorga, Imprenta Fidalgo.
- SALVADOR MINGUIJÓN (1908), *Las luchas del periodismo*, Zaragoza, Mariano Salas impresor.
- PEDRO PASCUAL MARTÍNEZ (2001), «Publicaciones periódicas eclesiásticas y religiosas de España entre los siglos XIX y XX», en *Hispania sacra*, n.º 107, vol. LIII, Madrid, Instituto de Historia del CSIC.

ISIDRO SÁNCHEZ (1974), «La Iglesia española y el desarrollo de la Buena Prensa», en la obra colectiva *Prensa y sociedad en España (1820-1936)*, V Coloquio de Historia Social celebrado en Pau, pp. 203-221.

JAIME TORRUBIANO RIPOLL (1926), *Rebeldías* (t. II), Madrid, Centro Editorial Minerva.